RETIRO: "EL ACOMPAÑAMIENTO"

II.- FUNDAMENTO BÍBLICO DEL ACOMPAÑAMIENTO

(Extraído de "El acompañamiento en el proceso evangelizador" – Acción Católica General)

VER:

En el cambio de época, mejor dicho de era, que estamos viviendo, son muchos los retos que nos plantea actualmente el desafío de la evangelización y múltiples los caminos que, gracias a Dios, se están recorriendo dentro de la Iglesia para dar respuesta adecuada, creativa y audaz a los mismos.

Dentro de esos caminos a recorrer se encuentra el acompañamiento. En los últimos años se habla mucho en la Iglesia de acompañamiento. El Papa Francisco nos habla del mismo desde las primeras páginas de la exhortación *Evangelii Gaudium*, haciendo referencia al acompañamiento grupal y personal: "La comunidad evangelizadora se dispone a acompañar. Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico" (EG 24).

Y también el Encuentro de Laicos de Parroquia, que se celebró en Málaga en julio de 2026, organizado por Acción Católica General, tenía como lema "Compartiendo caminos, acompañando esperanzas". Estamos comprobando así que los Planes Pastorales de las Diócesis y la práctica pastoral de las parroquias se centran mucho en la tarea del acompañamiento y en cómo realizarla.

Sin embargo, como iremos viendo a lo largo de estos retiros, el acompañamiento no es simplemente un método pastoral, ni una técnica pedagógica útil para la vida comunitaria. En su raíz más profunda, es una forma de concretar la acción salvadora de Dios. La revelación bíblica muestra que Dios no salva al ser humano desde fuera, ni lo transforma de modo impersonal, ni lo conduce como una fuerza anónima que actúa a distancia. Dios salva acompañando, es decir, entrando en la historia humana, compartiendo sus procesos, respetando sus ritmos y conduciendo a la persona y a todo el pueblo paso a paso hacia la plenitud de la vida.

Como vimos en el anterior retiro, el ser humano necesita ser acompañado para tener un crecimiento y maduración integrales. Y este acompañamiento incluye su dimensión trascendente, para comprender su vida y orientarla hacia la plenitud que anhela, para que pueda descubrir el valor perenne y definitivo del Evangelio como camino de salvación. El acompañamiento integral no introduce algo extraño en la experiencia humana, sino que la conducen hacia su plenitud última: la comunión con Dios.

Desde esta perspectiva, no debemos considerar el acompañamiento como una práctica pastoral secundaria o una opción entre otras. Acompañar es participar, de manera humilde pero real, en el modo mismo en que Dios se relaciona con el ser humano. Es prolongar en la historia la cercanía de Cristo, hacer visible su presencia que guía, sostiene, ilumina y conduce. Allí donde la Iglesia acompaña, continúa la obra de Dios que nunca abandona al ser humano, sino que lo conduce siempre en comunión hacia la plenitud de la vida.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría decir qué es el acompañamiento?
- ¿Qué experiencias de acompañamiento encuentro en mi comunidad parroquial?

JUZGAR: FUNDAMENTO BÍBLICO DEL ACOMPAÑAMIENTO.

DESDE LA ENCARNACIÓN:

La Sagrada Escritura presenta la historia de la fe como una historia de relaciones vivas, de mediaciones personales y de procesos que maduran en el tiempo. La fe no aparece como adhesión instantánea a una verdad abstracta, sino como camino compartido, sostenido por presencias concretas que ayudan a reconocer la acción de Dios y a responder a ella.

El acompañamiento cristiano tiene su fuente en la revelación misma de Dios, y esa revelación alcanza su plenitud en Jesucristo. Él no es solamente mensajero de Dios ni simple mediador externo, sino la presencia personal de Dios en la historia humana. En Él se manifiesta definitivamente cómo es Dios y cómo actúa. Y lo que se revela con claridad es que Dios no salva desde la distancia, sino desde la cercanía; no interviene como fuerza exterior que corrige el curso de la historia, sino como presencia que la habita, la comparte y la conduce desde dentro hacia su plenitud.

De la carta a los Filipenses 2, 6-8

Cristo, a pesar de su condición divina, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte.

Esta forma de actuar tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación. La Encarnación puede comprenderse como la forma suprema del acompañamiento divino. El Hijo eterno no permanece fuera de la experiencia humana, sino que la asume enteramente. Como afirma la carta a los Hebreos, Cristo comparte nuestra condición "en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado" (Heb 4, 15), para poder compadecerse de nuestra debilidad y sostener nuestro camino.

De este modo comprendemos que la salvación no consiste en un acto exterior que modifica la condición humana desde fuera, sino en un proceso interior de transformación realizado, como obra de la gracia, desde la comunión con Cristo. Dios acompaña introduciéndonos en su propia vida.

Si Cristo, el Hijo, es la presencia histórica del amor de Dios, entonces todo acompañamiento cristiano es participación en su propia misión. La Iglesia no acompaña en nombre propio, sino como mediación sacramental de la presencia de Cristo que continúa actuando en la historia.

Participar en esta forma divina de amar es la entraña misma del acompañamiento cristiano, es decir, hacer visible, en la historia concreta de cada persona, la cercanía del Dios que permanece fiel, que entra en los procesos humanos y que conduce al ser humano a su vocación más plena.

Para la reflexión:

- ¿Qué me sugiere el texto de la carta a los Filipenses?

- ¿Creo que Jesús, el Hijo de Dios, camina conmigo, como un hombre cualquiera? ¿Cómo me afecta esta verdad de fe en mi vida cotidiana?

LA LLAMADA Y EL SEGUIMIENTO: UN PROCESO ACOMPAÑADO.

Del Evangelio según san Juan 1, 35-51

Estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Éste es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús.
Jesús encuentra a Felipe y le dice: «Sígueme». Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret». Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le contestó: «Ven y verás».

El relato de la llamada de los primeros discípulos en el Evangelio de Juan revela la estructura relacional del nacimiento de la fe. Nadie llega a Jesús por una intuición aislada ni por una iluminación puramente interior. El encuentro con Él acontece dentro de una red de vínculos humanos que hacen posible la búsqueda, el reconocimiento y la adhesión.

El texto subraya las **mediaciones personales**. Andrés, después de encontrarse con el Señor, siente la necesidad inmediata de compartir ese encuentro con su hermano: Hemos encontrado al Mesías. No se limita a comunicar una idea; lo conduce físicamente hasta Jesús. Del mismo modo, Felipe busca a Natanael y lo invita a acercarse: Ven y verás. La fe nace así como "contagio vital", como fruto de una relación que abre a otra relación más profunda. Dios llama personalmente, pero lo hace con frecuencia a través de otros que ya han sido alcanzados por su gracia.

El relato muestra también que la fe se despliega como **proceso gradual**. Jesús no impone una comprensión inmediata de su identidad, sino que invita a compartir tiempo, presencia, vida: Venid y veréis. Los discípulos comienzan permaneciendo con Él, aprendiendo su modo de vivir, dejándose introducir poco a poco en su misterio. Antes de comprender plenamente quién es Jesús, aprenden a estar con Él. La experiencia precede a la formulación, la convivencia precede a la comprensión plena. La fe, por tanto, crece en el tiempo, alimentada por la cercanía y la permanencia.

Todo el pasaje muestra que el primer encuentro con Cristo, por decisivo que sea, necesita ser sostenido por una trama de relaciones, mediaciones y procesos que permitan que esa experiencia inicial madure hasta convertirse en discipulado estable.

Para la reflexión:

- ¿Qué personas me han ayudado y ayudan a conocer a Jesús y a ser discípulo suyo?

- Ven y verás: ¿He dicho estas palabras a alguien para que pueda conocer a Jesús?

- Los discípulos comienzan permaneciendo con Él, aprendiendo su modo de vivir, dejándose introducir poco a poco en su misterio. Antes de comprender plenamente quién es Jesús, aprenden a estar con Él. La fe crece en el tiempo, alimentada por la cercanía y la permanencia. ¿Sé "estar" con Jesús? ¿Qué tiempo le dedico?

EL ACOMPAÑAMIENTO COMO FORMA DE VIDA ECLESIAL.

Lo que aparece germinalmente en el Evangelio se convierte en principio estructural en la vida de la Iglesia naciente. El libro de los Hechos de los Apóstoles describe una comunidad que no sólo anuncia el Evangelio, sino que acompaña continuamente el crecimiento de quienes lo reciben. La expansión de la fe se realiza a través de vínculos personales que sostienen, orientan e integran a los creyentes en la comunión eclesial.

Hechos 9, 10-20:

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor le dijo: «Levántate y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo». Se levantó, y fue bautizado. Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

La experiencia de Pablo es paradigmática. Tras el acontecimiento fulgurante de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco, no queda abandonado a su propia interpretación de lo sucedido. Ananías es enviado para acogerlo, imponerle las manos, ayudarle a comprender y a integrarse en la vida cristiana. La conversión necesita ser acogida, confirmada y acompañada para que pueda convertirse en vocación y misión.

Hechos 9, 27:

Bernabé, tomándolo consigo, lo presentó a los apóstoles y él les contó cómo había visto al Señor en el camino, lo que le había dicho y cómo en Damasco había actuado valientemente en el nombre de Jesús.

Más tarde, Bernabé desempeña un papel decisivo al introducir a Pablo en la comunidad y al sostener sus primeros pasos apostólicos. Sin esta mediación fraterna, el camino del apóstol habría sido mucho más difícil. La Iglesia aparece así como espacio de acogida y maduración, donde la vocación personal es reconocida y acompañada por otros.

Hechos 18, 24-26:

Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en las Escrituras. Lo habían instruido en el camino del Señor y exponía con entusiasmo y exactitud lo referente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan. Cuando lo oyeron Priscila y Áquila, lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más detalle el camino de Dios.

Igualmente significativa es la acción de Priscila y Aquila con Apolo. Aunque Apolo era elocuente y fervoroso, su comprensión de la fe era aún incompleta. Ellos lo acogen, lo escuchan y le explican con mayor precisión el camino de Dios. La enseñanza cristiana aparece aquí inseparable de la relación personal, del diálogo cercano, de la formación compartida.

Las cartas paulinas expresan esta experiencia como principio permanente de la vida eclesial. El acompañamiento no es sólo una práctica ocasional, sino una forma de la caridad que estructura la comunidad:

Gálatas 6, 2: Llevad los unos las cargas de los otros: La vida cristiana es corresponsabilidad mutua.

Hebreos 3, 13: Exhortaos mutuamente cada día: El camino de la fe necesita estímulo constante.

1ª Tesalonicenses 2, 7-8: Nos comportamos con vosotros con ternura de madre: La relación apostólica adopta rasgos maternales, generadores de vida.

Aquí aparece con gran claridad la naturaleza profunda del acompañamiento cristiano: no es funcional ni meramente organizativa. Es fraternal y maternal, nace del amor que comparte la vida y se preocupa por el crecimiento del otro. La Iglesia acompaña porque engendra y cuida, porque ama y se sabe responsable del camino de sus hijos.

Para la reflexión:

- Ananías, Bernabé, Priscila y Áquila acompañan el proceso de fe de Pablo y de Apolo. ¿Qué me llama la atención en ellos? ¿Me siento llamado a hacer lo mismo?

- Desde el acompañamiento en las cartas paulinas, ¿qué coincidencias descubro entre la actuación de las primeras comunidades cristianas (corresponsabilidad mutua, estímulo constante, ternura…) y el actuar de nuestra comunidad parroquial?

ACTUAR: LA NECESIDAD ESPIRITUAL DEL ACOMPAÑAMIENTO.

La Sagrada Escritura nos muestra que la dimensión comunitaria del acompañamiento responde a necesidades espirituales fundamentales. El bautizado no sólo recibe la gracia: debe aprender a reconocerla, acogerla y dejarse transformar por ella a lo largo del tiempo.

En primer lugar, el acompañamiento ayuda a **discernir la acción de Dios**. La vida espiritual está llena de movimientos interiores, impulsos, crisis y llamadas que necesitan ser interpretadas a la luz del Espíritu. El camino del discernimiento rara vez puede recorrerse en soledad.

En segundo lugar, el acompañamiento sostiene la **permanencia en Cristo**. Permanecer es un acto continuo, no un momento aislado. La fidelidad cotidiana necesita apoyo, memoria, estímulo y corrección fraterna.

Finalmente, el acompañamiento favorece el **crecimiento hacia la madurez plena en Cristo**, es decir, una fe integrada, firme y fecunda. Esta madurez no surge espontáneamente; se forma mediante procesos, aprendizajes y relaciones que ayudan a superar la inestabilidad inicial.

Por todo ello, hoy al igual que en los primeros tiempos del cristianismo, el acompañamiento es mediación para el crecimiento en la vida de fe, esperanza y caridad. Es instrumento humilde pero real mediante el cual Dios conduce al cristiano hacia la madurez espiritual.

En conjunto, la Escritura muestra que la fe cristiana nace, crece y madura siempre en compañía. Dios acompaña, Cristo llama a caminar con Él, la Iglesia vive sosteniendo el camino de sus fieles, y cada bautizado avanza hacia la plenitud con la ayuda de la gracia y mediante relaciones que iluminan, sostienen y transforman. El acompañamiento aparece así como una dimensión constitutiva del dinamismo mismo de la vida cristiana.

Para la reflexión:

- ¿Siento necesidad de acompañamiento? ¿Por qué?

- De las tres dimensiones del acompañamiento (discernir la acción de Dios, permanencia en Cristo, crecimiento hacia la madurez en Cristo), ¿cuál creo que debo reforzar en esta etapa de mi vida?

- En conjunto, la Escritura muestra que la fe cristiana nace, crece y madura siempre en compañía. Dios acompaña, Cristo llama a caminar con Él, la Iglesia vive sosteniendo el camino de sus fieles, y cada bautizado avanza hacia la plenitud con la ayuda de la gracia y mediante relaciones que iluminan, sostienen y transforman. ¿Cómo puedo favorecer que el acompañamiento sea una dimensión constitutiva de mi comunidad parroquial?

Oración final

Señor Jesús,
Tú, que siendo Dios te hiciste uno de tantos
y caminaste nuestros caminos,
gracias porque nunca nos dejas solos.
Gracias porque en tu Encarnación
nos has mostrado que Dios salva acompañando:
entrando en nuestra historia,
respetando nuestros ritmos
y conduciéndonos paso a paso hacia la vida plena.

Quédate con nosotros, Señor.

Gracias por el "Venid y veréis"
con que nos invitaste a estar contigo.
Enséñanos a permanecer en Ti,
a escucharte en el silencio
y a reconocerte en los hermanos.

Quédate con nosotros, Señor.

Gracias por los Juan, Andrés, Felipe, Ananías,
Bernabé, Priscila y Áquila
que has puesto en nuestro camino.
Por quienes nos acogieron, nos escucharon,
nos animaron y nos explicaron
con paciencia tu Palabra.
Bendícelos y recompénsalos.

Quédate con nosotros, Señor.

Haznos, a nosotros, compañeros de camino:
que sepamos llevar las cargas de los otros,
animarnos cada día
y cuidar con ternura de madre
y firmeza de hermano
a quienes Tú nos confíes.

Quédate con nosotros, Señor.

Que nuestras comunidades parroquiales
sea casa abierta donde nadie camine solo,
donde se discierna tu voluntad,
se permanezca en tu amor
y se crezca juntos hasta la madurez de Cristo.

Quédate con nosotros, Señor.

Santa María, Madre y compañera del camino,
que supiste estar al pie de la cruz
y en medio de los discípulos,
enséñanos a acompañar como Tú:
con presencia discreta, con fe y con esperanza.

Quédate con nosotros, Señor.



VER:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría decir qué es el acompañamiento?
- ¿Qué experiencias de acompañamiento encuentro en mi comunidad parroquial?

JUZGAR – FUNDAMIENTO BÍBLICO DEL ACOMPAÑAMIENTO.

DESDE LA ENCARNACIÓN:

De la carta a los Filipenses 2, 6-8

Cristo, a pesar de su condición divina, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte.

- ¿Qué me sugiere el texto de la carta a los Filipenses?
- ¿Creo que Jesús, el Hijo de Dios, camina conmigo, como un hombre cualquiera? ¿Cómo me afecta esta verdad de fe en mi vida cotidiana?

LA LLAMADA Y EL SEGUIMIENTO: UN PROCESO ACOMPAÑADO.

Del Evangelio según san Juan 1, 35-51

Estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Éste es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús encuentra a Felipe y le dice: «Sígueme». Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret». Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le contestó: «Ven y verás».

- ¿Qué personas me han ayudado y ayudan a conocer a Jesús y a ser discípulo suyo?
- Ven y verás: ¿He dicho estas palabras a alguien para que pueda conocer a Jesús?
- Los discípulos comienzan permaneciendo con Él, aprendiendo su modo de vivir, dejándose introducir poco a poco en su misterio. Antes de comprender plenamente quién es Jesús, aprenden a estar con Él. La fe crece en el tiempo, alimentada por la cercanía y la permanencia. ¿Sé "estar" con Jesús? ¿Qué tiempo le dedico?

EL ACOMPAÑAMIENTO COMO FORMA DE VIDA ECLESIAL.

Hechos 9, 10-20: Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor le dijo: «Levántate y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo». Se levantó, y fue bautizado. Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Hechos 9, 27: Bernabé, tomándolo consigo, lo presentó a los apóstoles y él les contó cómo había visto al Señor en el camino, lo que le había dicho y cómo en Damasco había actuado valientemente en el nombre de Jesús.

Hechos 18, 24-26: Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en las Escrituras. Lo habían instruido en el camino del Señor y exponía con entusiasmo y exactitud lo referente a Jesús, aunque no conocía más que el

bautismo de Juan. Cuando lo oyeron Priscila y Áquila, lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más detalle el camino de Dios.

Gálatas 6, 2: Llevad los unos las cargas de los otros.

Hebreos 3, 13: Exhortaos mutuamente cada día.

1ª Tesalonicenses 2, 7-8: Nos comportamos con vosotros con ternura de madre.

- Ananías, Bernabé, Priscila y Áquila acompañan el proceso de fe de Pablo y de Apolo. ¿Qué me llama la atención en ellos? ¿Me siento llamado a hacer lo mismo?
- Desde el acompañamiento en las cartas paulinas, ¿qué coincidencias descubro entre la actuación de las primeras comunidades cristianas (corresponsabilidad mutua, estímulo constante, ternura…) y el actuar de nuestra comunidad parroquial?

ACTUAR: LA NECESIDAD ESPIRITUAL DEL ACOMPAÑAMIENTO.

- ¿Siento necesidad de acompañamiento? ¿Por qué?
- De las tres dimensiones del acompañamiento (discernir la acción de Dios, permanencia en Cristo, crecimiento hacia la madurez en Cristo), ¿cuál creo que debo reforzar en esta etapa de mi vida?
- En conjunto, la Escritura muestra que la fe cristiana nace, crece y madura siempre en compañía. Dios acompaña, Cristo llama a caminar con Él, la Iglesia vive sosteniendo el camino de sus fieles, y cada bautizado avanza hacia la plenitud con la ayuda de la gracia y mediante relaciones que iluminan, sostienen y transforman. ¿Cómo puedo favorecer que el acompañamiento sea una dimensión constitutiva de mi comunidad parroquial?

Oración final

Señor Jesús,
Tú, que siendo Dios te hiciste uno de tantos
y caminaste nuestros caminos,
gracias porque nunca nos dejas solos.
Gracias porque en tu Encarnación
nos has mostrado que Dios salva acompañando:
entrando en nuestra historia,
respetando nuestros ritmos
y conduciéndonos paso a paso hacia la vida plena.

Quédate con nosotros, Señor.

Gracias por el "Venid y veréis"
con que nos invitaste a estar contigo.
Enséñanos a permanecer en Ti,
a escucharte en el silencio
y a reconocerte en los hermanos.

Quédate con nosotros, Señor.

Gracias por los Juan, Andrés, Felipe, Ananías,
Bernabé, Priscila y Áquila
que has puesto en nuestro camino.
Por quienes nos acogieron, nos escucharon,
nos animaron y nos explicaron
con paciencia tu Palabra.
Bendícelos y recompénsalos.

Quédate con nosotros, Señor.

Haznos, a nosotros, compañeros de camino:
que sepamos llevar las cargas de los otros,
animarnos cada día
y cuidar con ternura de madre
y firmeza de hermano
a quienes Tú nos confíes.

Quédate con nosotros, Señor.

Que nuestras comunidades parroquiales
sea casa abierta donde nadie camine solo,
donde se discierna tu voluntad,
se permanezca en tu amor
y se crezca juntos hasta la madurez de Cristo.

Quédate con nosotros, Señor.

Santa María, Madre y compañera del camino,
que supiste estar al pie de la cruz
y en medio de los discípulos,
enséñanos a acompañar como Tú:
con presencia discreta, con fe y con esperanza.

Quédate con nosotros, Señor.

